

Cajón de sastre

Heródoto, el “Istor”

Heródoto narra la visita a Egipto de unos griegos que, al ver las montañas de piedra caliza construidas por el hombre, las llamaron *pyramides* porque su forma les recordó la de las pequeñas tortas de harina de trigo que se vendían en tenderetes callejeros. Agrega que los habitantes del lugar evocaban con horror la época de su edificación y no podían pronunciar los nombres de sus constructores, Keops y Kefrén, a los que preferían llamar Filitis, en memoria de un pastor que antaño había apacentado su rebaño a la sombra de aquellas moles.



Bruce Chatwin en *Los trazos de la canción* (Península, 1988) dice:

Para los babilonios, *Bab-il* significaba “Puerta de Dios”. Para los hebreos, la misma palabra significaba “confusión”, quizá “confusión cacofónica”. Los *Zigurats* de la Mesopotamia eran “Puertas de Dios”, decoradas con los siete colores del arco iris y consagradas a Anu y Enlil, divinidades que representan el Orden y la Coacción.

Ciertamente, los antiguos judíos —que estaban encajonados entre imperios prepotentes— demostraron tener una intuición maravillosa al concebir el Estado como una Behemot o Leviatán, como monstruo que amenaza la vida humana. Tal vez fueron el primer pueblo que entendió que la Torre de Babel eran el caos, que el orden era el caos, y que el lenguaje —el don de lenguas que Yahvé sopló en la boca de Adán— tiene una vitalidad rebelde y díscola comparada con la cual los cimientos de la Pirámide no son más que polvo (p. 229).



Pregunta de la Redacción:

¿Quién conoce al pirata catalán Llull, gracias al cual tenemos el original de las *Confesiones* de San Agustín, que encontró en un barco genovés que había tomado frente a Tolón y que vendió por diez escudos a don Alfonso V de Aragón?

¿Quién ha localizado el libro del pirata médico Alexander Olivier Oexmeling, *Historia de los famosos aventureros que ha habido en las islas*?



Madame de Sévigné a su hija, el 24 de julio de 1675 (conste que esa carta no la cita Marcel Proust):

Una de nuestras locuras ha sido desear descubrir todo lo que está detrás de las apariencias de las cosas que creemos ver y que no vemos, todo lo que ocurre en las familias, en lo cual encontraríamos odio, celos, rabia, desprecio, en lugar de tantas hermosuras que se ponen encima de la canasta y que pasan por ciertas.



Encuentro esa frase de Talleyrand:

“La traición es sólo cuestión de fecha”.

Y esa otra de Nietzsche, en *Aurore* (París, Gallimard, p. 339):

Tres veces Alemania ejerció su influencia sobre Francia; en el siglo III le trajo costumbres bárbaras y una salvaje ignorancia; en tiempos de Montaigne le trajo una segunda y retrasada Edad Media y las guerras de religión, y en el presente siglo, la filosofía alemana, el romanticismo y la cerveza.



Jules Michelet:

Quienes creen que el pasado contiene el porvenir y que la Historia es un río que corre idéntico, rodando las mismas aguas, deben ver que muy a menudo un siglo se opone al siglo anterior y a veces le da un amargo mentis (*Histoire du XI siècle*, París 1872-1875, tomo I, página IX).



ORACIÓN CÍVICA

Adolfo Castañón

Juárez nuestro
Que estés en los cerros
Benemérito sea tu nombre
Alimenta hoy el respeto ajeno
de cada soberanía
Hágase tu Constitución
Así en las iglesias como en los
mercados
Y venga a nos tu República
Perdona nuestras deudas
Así como nosotros perdonamos
a nuestros deudores
No nos dejes caer en la Recesión
Y líbranos de la chatarra
Ahora y en la hora de los Tratados
Así sea

(2000)



Januarius Aloysius Mac Gahan fue un periodista norteamericano de origen irlandés que cubrió la Comuna de París, la corte de San Petersburgo, la conquista de Asia Central, la guerra de Cuba, el Cáucaso; en 1876 el *Daily News* de Londres le encargó ir a Bulgaria para saber qué pasaba; sus crónicas de las atrocidades cometidas por las tropas irregulares turcas contribuyeron a la intervención militar rusa de 1877, al nacimiento de Bulgaria y a todos los cambios en el mapa de los Balcanes. Lean *El periodista universal*, de David Randall, Editorial Siglo XXI, Madrid, 1999.



Gregor von Rezzori (1914-1998)

Nació poco antes de la guerra mundial que acabaría con el imperio Habsburgo, en la provincia periférica de Bucovina, en la ciudad de Cernowitz, también cuna de Paul Celan y de Manes Sperber. Entre 1914 y 1991, Cernowitz fue sucesivamente austro-húngara, rumana, soviética y finalmente ucraniana. “Grisha” pertenecía a una familia aristocrática de origen italiano, cosa frecuente en el imperio; le gustaba recordar que *rezzori* venía de “ruccio”, el erizo italiano. Indiferente a los cambios de nacionalidad, se la pasó entre Viena, París, Nueva York, Praga o Pondishery, cultivando sin nostalgia la herencia cosmopolita de este mundo difunto, la *Mitteleuropa* con su revoltura de pueblos, culturas, religiones bajo la figura tutelar del emperador, padre y abuelo. Uno de sus libros más hermosos, *Memorias de un antisemita* (1981) es la historia del encuentro entre la cultura judía y un joven aristócrata austro-húngaro. Inútil decir que “Grisha” no fue antisemita nunca. Hay que leer también *Edipo en Stalingrado* (París, Salvy, 1990) y *La muerte de mi hermano Abel* (1996) que él consideraba como su mayor libro. Y su autobiografía: *Les Neigs d’ Atan* (París, Salvy, 1993).



Francois Fejtő, en *Le Passager du Siecle* (París, Hachette, 1999) autobiografía dialogada, evoca también la *Finis Austriae* como punto de partida; para ese adolescente húngaro, futuro francés, la destrucción del imperio no era inevitable, sino que había sido decidida mucho antes de los tratados de paz por los futuros vencedores. Lamenta que no haya pensado un solo instante en la alternativa federalista. Vean también su *Requiem pour un empire défunt. Histoire de la destruction de l’Autriche-Hongrie*. París, Balland, 1988.



Cambiando de tema, el ayatola Jomeini prohibió el ajedrez tras la revolución de 1979 por ser “un juego diabólico que perturba la mente de quienes lo practican”. Hoy en día, Afganistán es el único país donde el ajedrez está prohibido (sus piezas representan figuras humanas y de animales, algo condenado por los teólogos extremistas). Joemini revocó la prohibición poco antes de morir (1989).

La escuela rigorista que prohíbe cualquier tipo de imágenes se encuentra en la decisión de los talibanes de destruir los dos buddhas gigantes Baiyan (marzo 2001). Como el imperio bizantino de la Edad Media o en la Europa de la Reforma, el debate sobre las imágenes (que no hay que confundir con los ídolos) divide los principales comentaristas de los *hadith* del Profeta. Nada en la letra del Corán, ni en la tradición de la *sunna*, ni en la mayor parte de las vivencias históricas del Islam justifica la destrucción iconoclasta decretada por el emir Omar en Kabul. Vale la pena recordar que el Occidente cristiano ha vivido semejantes herejías: por una extraña coincidencia, en marzo de 2001 en el Museo de Historia de Berna, Suiza, se podía visitar la exposición intitulada “Iconoclasma, vida y muerte del imagen medieval”. Existe también un iconoclasma de la religión de la antireligión, jacobino y comunista. Saint Just, en misión en Estrasburgo en 1793-1794, decreta: “Todas las estatuas del Templo de la Razón (Catedral) serán destruidas”.



Raymond Carr: “El historiador debe rechazar la visión de España como un país excepcional”. Y también: “Odio la palabra “hispanista”, como si un historiador de España tuviera dotes espirituales para estudiarla”. (*Babelia, el País*, 21 de abril de 2001, con motivo de la parución de su *Historia de España*). Por lo mismo odiamos la palabra “mexicanista”. ❧